

FUNDADO EN 1905 POR DON TORCUATO LUCA DE TENA

**A**UNQUE la obra más importante de Julio Ramón Ribeyro son sus

cuentos y novelas, tengo una predilección especial por estas *Prosas apátridas* que, aparecidas en 1975, aumentaron con 61 textos inéditos en la reedición de 1979 y se enriquecen ahora con otro medio centenar en esta tercera versión. Libro inclasificable y marginal, compuesto sin un diseño preciso, al correr de los años, casi involuntariamente, en momentos de entusiasmo, vacío o desesperación, al sesgo de su trabajo de narrador, tiene algo de diario secreto y de libro de aforismos, de ensayos filosóficos y de borrador de ficciones, de poesía y de tratado de moral, pero es, sobre todo, un testimonio —de prosa exacta e incitantes ideas— sobre el propio Julio Ramón Ribeyro.

Leyéndolo, se tiene la sensación de entrar a una intimidad prohibida, de recibir una confesión impúdica, algún secreto inconfesable. Y algo de eso ocurre, pero no en un sentido anecdótico ni chismográfico, sino intelectual y moral. Aunque en algunos de estos textos Ribeyro habla de su vida privada, esos episodios autobiográficos pierden casi instantáneamente su carácter confidencial al disolverse en reflexiones sobre los grandes temas. Es esta operación lo atrevido y escandaloso del libro. ¿Los grandes temas? Sí: la muerte, el sentido o sinsentido de la historia, la salud y la enfermedad, la cultura, el placer, la belleza, el progreso, la razón, el éxito, el destino, la literatura. Cuando no son «Nietsche o Baudelaire (o sus pares) quienes osan abordar en pequeñas prosas esos grandes asuntos, los resultados suelen ser la pedantería y la indigencia, una asimetría atroz entre la magnitud del problema y el pensamiento que suscita. En *Prosas apátridas* no hay tal desproporción: bajo las rápidas estampas, entre los apuntes y bocetos, bullen las ideas, aceradas, sarcásticas, estimulantes, personales, siempre novedosas. El temor al ridículo aleja al escritor contemporáneo de esos grandes temas y lo lleva a confinarse a veces en intrascendencias, sobre las que cualquier idea puede parecer original. Sin proponérselo, en estos textos que fue escribiendo poco menos que a escondidas, sin ánimo de que vieran la luz, para ejercitar la mano u obligarse a meditar, Ribeyro ha hecho exactamente lo contrario: tomar al toro por las astas, pronunciarse sobre lo esencial.

Al organizar estos textos dice que tuvo en mente *Le spleen de Paris*. A mí me hacen pensar, también, en el *Dictionnaire des Idées Reçues*, de Flaubert, y en los *Carnets*, de Camus. Tienen del primero el escepticismo y la ferocidad realista en la descripción de las flaquezas humanas, el desprecio de la política y el cuidado maníaco de la forma artística; del segundo: la elegancia, la sensibilidad depurada y un pesimismo que no está refino con el amor a la vida, pues ve en ella, aunque carezca de finalidad y de lógica, una maravillosa fuente de goce y plenitud.

«La duda, que es el signo de mi inteligencia, es también la tara más ominosa de mi carácter», dice una de las prosas. «Ella me ha hecho ver y no ver, actuar y no actuar, ha impedido en mí la formación de convicciones

## RIBEYRO Y LAS SIRENAS

duraderas, ha matado hasta la pasión y me ha dado finalmente del mundo la imagen de un remolino donde se ahogan los fantasmas de los días, sin dejar otra cosa que briznas de sucesos locos y gesticulaciones sin causa ni finalidad.» Es una radiografía exacta, pero incompleta, pues la duda, además de cierta incapacidad para asumir plenamente la vida —para perderse en ella como se pierde uno en un sueño o deleitoso o en la embriaguez— le ha dado también esa vida sustitutoria y paralela, la de la ficción, creada para que los hombres completen imaginariamente su destino, viviendo, en la ilusión de la literatura, aquellas experiencias que su fantasía y su deseo reclaman y que las circunstancias o su propio carácter vuelven, en la realidad real, inalcanzables.

«Escribir significa desoir el canto de sirena de la vida», dice otra de las prosas. Y también: «El acto creativo está basado en la autodestrucción». Es verdad que todo aquel que escribe ficciones —y, en cierta forma, el que las lee— tiene siempre, en un recodo de la mente, aun en los momentos de mayor hechizo, la conciencia de que aquello no es la vida, sino su simulacro —a veces majestuoso y a veces misérrimo, pero siempre fantoche— y de que la literatura, al aguzar nuestra sensibilidad y activar nuestra imaginación, termina, al devolvernos a la vida, por revelarnos más hondamente nuestra pobreza frente a la abundancia que nos rodea. Pero no es cierto que la vida simulada con las palabras nos prive de la otra, la que se toca, se gusta, se huele, se ve y se oye. Es más bien al revés. Las ficciones se escriben y se leen para poder tocar, gustar, oler, ver y oír aquello que, de otro modo, permanecería —como las sirenas— irremediabilmente fuera de nuestra vida.

La literatura no sólo extiende los horizontes de nuestra experiencia: también nos proporciona una vida de naturaleza distinta: ella hace que lo que no fue, sea, y que la vida se rehaga en función del capricho o la locura del hombre que escribe sus sueños para que otros, al leerlo, sueñen. Gravemente enfermo en un cuarto de hospital, su cuerpo martirizado por inyecciones, sondas, sueros, debilidad extrema y dolor, Ribeyro siente que se evapora en él la capacidad de resistencia, el instinto de sobrevivir. Está literalmente rozando la muerte cuando una imagen —una ficción—, la de un árbol al que la primavera debe haber cargado de verdura, lo salva, de-

volviéndole el apetito vital, la voluntad de continuar en este mundo hermoso y cruel. El bello texto resume, con insuperable concisión, una noción metafísica. La vida es sufrimiento y absurdo, entremezclados con manantiales de dicha en los que el hombre puede sumergirse, no importa cuán remotos estén, no importa qué desamparado se halle, gracias a la más literaria de sus facultades: la fantasía. Esa es la razón de ser de la literatura, porque frondoso de árboles exuberantes por el que pueden pasear, disfrutando de sus olores y colores, el ciego y el tullido y el sano al que los árboles de madera y hojas reales no serán nunca suficientes.

Las dudas, la timidez, la dispersión, todos aquellos defectos de su persona —así los llama en sus *Prosas apátridas*— que él autopisa con frialdad, se vuelven, por su prosa y su lucidez, en rasgos privilegiados de una perspectiva, en unos puntos de vista a partir de los cuales el mundo observado adopta una fisonomía particular, y los hombres y las cosas unas relaciones inéditas. La vida y la literatura no son la misma cosa, pero, como demuestra este libro, cuando la literatura es intensa y creadora, torna la vida más inteligible y soportable, más vivible.

Entre todos los escritores que conozco quizá Ribeyro sea aquel en el que la literatura y la vida se hallen más confundidas. (Recuerdo que en la agencia de noticias donde trabajábamos, hace mil años, él, entre cable y cable, se distraía describiendo animales sinuosos: cangrejos, pulpos, cucarachas.) En una de sus prosas asegura que se ha destruido escribiendo, que la literatura ha sido para él un continuo consumirse en su fuego. Ella le habría impedido vivir, anteponiéndose como una pantalla entre él y el mundo. Acaso más justo sea decir que él ha trastocado persistentemente la vida que vivía en literatura, convirtiendo la suma de estrecheces, frustraciones, monotonías y banalidades que conforman la biografía de la inmensa mayoría de los humanos, en esa fascinante epopeya de la mediocridad que trazan sus ficciones. Desdén de las vanguardias y de los experimentos, pero conocedor sutil de todos los malabares de la estrategia narrativa, la forma de sus cuentos y novelas —cronología lineal, punto de vista de un narrador omnisciente— suele ser de una transparencia clásica. Sin embargo, como en esos clásicos de los que está tan próximo, se trata de una transparencia engañosa. Si se fija bien la mirada, se advierte que, bajo la clara superficie de esas historias, anida un mundo complejo e inquietante en el que casi inevitablemente la estupidez y la maldad prevalecen. La pulcritud de la forma —una palabra precisa, que nombra con exactitud y no se excede jamás— disimula lo gris de la visión.

Como ocurre a menudo a los protagonistas de sus historias, el azar, la torpeza —y su propio desinterés— han impedido que Julio Ramón Ribeyro tuviera, fuera de su país, el reconocimiento que su talento merecía. Ahora, por fin, los lectores van descubriendo en sus relatos al gran escritor. Estas *Prosas apátridas* muestran que, tan original y fino como el cuentista, es el pensador.

Mario VARGAS LLOSA

# ABC

EDICION INTERNACIONAL

Para que sus mensajes  
comerciales lleguen

volando a ciento sesenta  
naciones.